

El Dios de los humildes

Mateo nos brinda una de las oraciones más bellas de Jesús. Es un grito espontáneo de admiración y agradecimiento al Padre “porque ha escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las ha revelado a la gente sencilla”. El Padre se revela a Jesús como el Dios de los humildes, mientras fariseos y sumos sacerdotes rechazan al Señor y su mensaje.

Sólo la “gente sencilla” y en comunión con hambrientos, deprimidos, pecadores, enfermos y olvidados de la sociedad... acoge el Evangelio, se preocupa del bien de los otros y se entrega de lleno a la causa del Reino de Dios. Jesús nos invita finalmente al descanso. Descansar es liberarnos del nerviosismo y el ruido y reconciliarnos con la vida; descansar es disfrutar del regalo de la existencia y reencontrarnos con nosotros mismos para lograr la paz del corazón.

Lectura del Evangelio según san Mateo (Mt 11,25-30)

En aquel tiempo, exclamó Jesús: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.»

Para Jesús, de la comunidad de Sevilla, su madre es una santa cotidiana:

A veces, no es necesario representar a los santos con hábitos religiosos ni con aureolas en la cabeza. A veces, esos santos son como tú o como yo: con sus aciertos y sus errores, con sus virtudes y sus efectos.

Yo le atribuyo esa condición de “santa” a una persona tan cercana a mí como es mi madre, Ángeles. Además de haber sido la persona que me ha dado la vida, junto con mi padre, constituye un referente para mí.

Considero que es un ejemplo de educadora, tanto en la familia como en su profesión, con capacidad de escucha, sencillez en sus actitudes y afrontamiento digno de las dificultades y de los éxitos. Destaco su religiosidad sencilla y comprometida durante gran parte de su vida, así como su gran capacidad solidaria y empática.

Ella ha sido capaz de crear una familia en la que, generalmente, vivimos en armonía, a pesar de momentos y circunstancias difíciles, las cuales superamos juntos y unidos.



Oración

“Venid a mí”, bramó la tormenta, invitándonos a adentrarnos en su intemperie llena de posibilidades.

“Venid a mí”, dijo la luz, alejando de nosotros el temor a la sombra.

“Venid a mí”, propuso la esperanza, convertida en caricia para quienes andaban cansados y afligidos.

“Venid a mí”, exclamó la pasión, prometiendo un nuevo fuego al rescoldo de corazones que en otro tiempo ardieron.

“Venid a mí”, exigió la justicia, herida –en las víctimas– por tanta mentira dicha en su nombre.

“Venid a mí”, susurró el silencio, mostrando, con los brazos abiertos, una forma distinta de cantar.

“Venid a mí”, gritó la soledad, cansada de deserciones y abandono.

“Venid a mí”, pidió el dolor, ofreciendo su rostro herido para que la compasión lo acunase.

“Venid a mí”, llamó el Dios de los encuentros.

Y fuimos. A veces vacilantes, con toda nuestra inseguridad a cuestas. Pero fuimos.

José María Rodríguez Olaizola, SJ

